

## 5. Un proyecto divino

Por Elijah Mvundura<sup>1</sup>

Traducido por: Déborah Beade Fuentes

En *Wallace v. Jaffree* (1985), William Rehnquist, quien fuera Presidente de la Corte Suprema, escribió: “El muro de separación entre la iglesia y el estado era una metáfora basada en mala historia”, una metáfora que “debería ser sincera y explícitamente abandonada”. La historia a la que Rehnquist se estaba refiriendo es a la formulación de la metáfora de Thomas Jefferson y las deliberaciones en torno a las cláusulas religiosas de la Primera Enmienda. En América, el debate acerca de la iglesia y el Estado ha sido principalmente sobre la Constitución de los Estados Unidos. Al margen del debate está el texto fundamental de la iglesia, la Biblia.

Esto es anómalo. La iglesia nació de la Palabra, separada y distinta de cualquier institución nacional o política. Como Jean-Jacques Rousseau (1712–1778) señaló con perspicacia: “Jesús vino a establecer un reino espiritual en la tierra. Este reino, al separar el sistema teológico del político, indicó que el Estado dejaría de ser una unidad, y causó una división visceral que nunca dejó de acojonar a las personas cristianas”.<sup>2</sup> Nuevamente, como Pierre Manent destacó, la trayectoria única de la sociedad occidental es “comprensible sólo como la historia de respuestas a problemas planteados por la iglesia, que era una asociación humana de estilo completamente nuevo”<sup>3</sup>

La desaparición o la separación de la iglesia y el Estado era la solución que los Padres Fundadores de los Estados Unidos proponían para el problema teológico-político. Pero es una solución que, en palabras de Karl Marx, no hicieron justamente como se les dio la gana bajo circunstancias que habían elegido, sino bajo circunstancias que encontraron, recibieron o se les

---

1 Artículo original: Elijah Mvundura, “A Divine Project”, *Liberty* (Marzo-Abril, 2014), disponible en <http://www.libertymagazine.org/article/a-divine-project>

2 Jean-Jacques Rousseau, *The Social Contract*, trad. Maurice Cranston (Baltimore: Penguin Books, 1968), 178.

3 Pierre Manent, *An intellectual history of liberalism*, trad. Rebecca Balinski (Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1995), 4.

transmitieron directamente del pasado.<sup>4</sup> Las circunstancias directas eran la auténtica multiplicidad de sectas religiosas, que hicieron que sea problemático el establecimiento de cualquier iglesia. En el pasado cercano estaba la Revolución Inglesa, que arrojó una gran nube sobre el pensamiento colonial político y social de América. En un pasado más distante ocurrió la Reforma Protestante, que destruyó la unidad de la cristiandad, y produjo numerosas guerras de sectas y religiones. El evangelio, como lo conocemos hoy, tiene profundas raíces en la Biblia hebrea y la historia del antiguo Israel.

Si la Biblia es el texto para aquellos que han aspirado a construir una sociedad ordenada divinamente o una nación cristiana, entonces es paradójico que hayan ignorado despreocupadamente los principios fundamentales de la nación de Israel instituidos en el Sinaí. Dichos principios representan inconfundiblemente un emblema moderno. Como observó específicamente Max I. Dimont: “La Ley de Moisés sentó el primer principio para la separación del estado y la iglesia.”<sup>5</sup> En primer lugar, Moisés siguió el consejo de su suegro quien le dijo que eligiera jueces y luego los designase jefes de mil, de cien, de cincuenta y de diez personas; para que trajeran ante él los casos difíciles (Éxodo 18:17-27).<sup>6</sup> Luego, siguió la palabra de Dios e instituyó el sacerdocio bajo el mando de Aarón y sus hijos separadamente del liderazgo civil (Éxodo 28:1). En resumen, en el Sinaí hubo una separación de la parte judicial, sacerdotal y política que asombrosamente reflejaba la separación de poderes de los Padres Fundadores de los Estados Unidos 3.000 años después.

La separación sacerdotal de la política continuó siendo sagrada incluso luego del establecimiento de la monarquía. Saúl, el primer rey de Israel, y Osías, rey de Judá, fueron derrocados por oficiar como sacerdotes (1 Samuel 13:4-14; 2 Crónicas 26:16-18). De hecho, la Ley de Moisés había limitado la monarquía sometiéndola a la Ley de Dios (Deuteronomio 17:14-20). Así, la reprensión de Natán a David (2 Samuel 12:1-14) y de Elías a Acab (1 Reyes 21) fueron repudiaciones intencionales al absolutismo de la monarquía. Aparentemente, la tentación de absolutizar o sacralizar la monarquía estaba presente en Israel. Los profetas desafiaron esta tentación y aparecieron en

---

4 Karl Marx, “The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte”, en *The Marx-Engels Reader*, de Robert C. Tucker (New York: W. W. Norton, 1972), 595.

5 M. I. Dimont, *Jews, God and History* (New York: Simon and Schuster, 1962), 43.

6 Éxodo 18:17-27 (New International Version, s. f.).

diferentes momentos de la historia de Israel y hablaron en nombre de Dios. Mientras permanecían entre el altar y el trono, sin temor condenaron y controlaron prácticas idólatras que amenazaban con borrar la distinción entre lo religioso y lo político, lo santo y lo profano.

Sin duda, la tensión entre la religión y la política, en particular la alianza del altar y el trono para llevar a Israel a la apostasía, es lo que causó que los profetas divorciaran el destino de la nación de Israel del propósito divino en la historia. Como ellos decían, a pesar de la cautividad babilónica, un remanente fiel sobreviviría y consumaría el propósito divino en la historia.<sup>7</sup> Así, los cautivos que volvieron de Babilonia tiraron por la borda aspectos políticos y étnicos correspondientes a su identidad y se llamaron a sí mismos el remanente, y se organizaron como una comunidad religiosa (Esdras 3:8; 9:13; Hageo 1:14). Este giro de una identidad político-étnica a una religiosa-ética fue de importancia para la época. Ello situó al monoteísmo ético en la carrera de su mundo en transformación, y así los judíos se ganaron la ira de las elites paganas.

Lo crucial era que ese monoteísmo trastocaba la “paz de los dioses”, la base ideológica del imperialismo grecorromano. Es por ello que en la antigüedad los judíos ganaron notoriedad como “una raza destacada por su desprecio por los poderes divinos”.<sup>8</sup> Sin embargo, ganaron tantos conversos y simpatizantes que Séneca (tutor de Nerón) los fulminó al decir: “Las costumbres de esta raza detestable han llegado a ser tan prevalentes que han sido adoptadas en casi todo el mundo. Los derrotados han impuesto leyes a los conquistadores”.<sup>9</sup> Esta vituperación explica la prohibición romana hacia los judíos de hacer proselitismo y las respuestas violentas a la acometedora evangelización de los cristianos.

Este duro conflicto entre los grecorromanos y los judeocristianos debe ser destacado ya que, a menudo, ha sido subestimado o ignorado. Pero como argumentó Leo Strauss: dado este duro conflicto, o “discordia radical –en

7 Isaías 10:22; 37:31-32; Jeremías 31:7; 42:2; Ezequiel 6:8; 14:22; Joel 2:32; Miqueas 2:12; 5:7, 8; Sofonías 3:13. (New International Version, s. f.).

8 Louis H. Feldman, *Jew and Gentile in the Ancient World* (Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1993), 152.

9 “Seneca”, en *City of God*, de St. Augustine, trad. Henry Bettenson (New York: Penguin Books, 1972).

sus palabras— un estudio más cercano muestra que lo que ocurrió, y lo que ha estado ocurriendo en el occidente por varios siglos, no es una armonización sino un intento de armonización. Estos intentos de armonización”, afirma Strauss, “estaban destinados a fallar”<sup>10</sup> e ir al corazón del debate entre la iglesia y el estado. En el culto imperial y en el rol del César como pontífice máximo (jefe de sacerdotes), la tradición grecorromana unió los roles del sacerdocio con los políticos que, como hemos visto, eran distintos y estaban separados en el antiguo Israel.

El culto imperial no solamente unió lo político con lo religioso, sino también lo divino con lo humano. En otras palabras, unió y encarnó en el César lo que el evangelio unió y encarnó en Cristo. Ciertamente, Cristo fusionó en su persona el Dios-hombre que (sin confundirse) el paganismo confundió míticamente y personificó en la figura divina del rey, sacerdote-rey, o pontífice máximo. Significativamente, en contraste con el hombre-dios César, el Dios-hombre Cristo, al “tomar naturaleza de siervo” (Filipenses 2:7), unió el cielo y la tierra, lo humano y lo divino, no en la punta de la pirámide, sino en la base, tal como cualquier otro humano ordinario. Como Marcel Gauchet precisamente observó: “Él era el equivalente perfecto del mediador imperial, solamente que en el polo opuesto”.<sup>11</sup>

El modelo de servicio que ofreció el Dios-hombre invirtió la jerarquía y la arrasó. Esto sembró la semilla de la igualdad humana. Como Pablo escribió memorablemente: “Ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, hombre ni mujer, sino que todos ustedes son uno solo en Cristo Jesús” (Gálatas 3:28). La historia de cómo las semillas de las ideas de igualdad, libertad y humanitarismo, ciencia, democracia y capitalismo residen en el evangelio ha sido contada de diferentes maneras por grandes como Hegel, Tocqueville, Nietzsche, Max Weber y más recientemente por Marcel Gauchet, René Girard y Charles Taylor. Sin embargo, la historia no ha recibido la atención que se merece parcialmente porque se falla en o no se tiene la voluntad de comprender la “discordancia radical” entre lo grecorromano y lo judeocristiano, en especial la base de la iglesia-estado medieval grecorromana.

---

10 Leo Strauss y Thomas L. Pangle, *The Rebirth of Classical Political Rationalism: An Introduction to the Thought* (Chicago: University of Chicago Press, 1989), 245.

11 Marcel Gauchet, *The Disenchantment of the World: A Political History of Religion*, trad. Oscar Burge (Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1997), 119.

Además de heredar el sistema legal y administrativo romano, la iglesia-estado medieval abrazó la cadena de los seres neoplatónica. De acuerdo a su teoría clásica en la teología mística de Pseudo Dionisio, la jerarquía celestial de ángeles resembleda la jerarquía eclesiástica. Descendiendo desde Dios hasta el último objeto inanimado, conectaba a Dios, los ángeles, los humanos y la naturaleza en un solo cosmos globalizador. Como dijimos antes, la jerarquía de los ángeles que estaba luego de una cabeza que era Dios, reflejaba la jerarquía clériga “bajo un sumo pontífice [...] Por lo tanto, estrictamente hablando, había una sola iglesia de ángeles y hombres”.<sup>12</sup>

El escándalo que pasa desapercibido es que mientras se la tomaba como cristiana, como una réplica del orden divino, la jerarquía medieval era en realidad una réplica de la jerarquía pagana o una reconstrucción de la pirámide que Cristo había invertido y arrasado. Nuevamente, al unir los ángeles mediadores y santos celestiales, la iglesia-estado medieval desplazó a Cristo como el “único mediator entre Dios y la humanidad” (1 Timoteo 2:5), y diluyó su rol exclusivo de redentor-mediador, y despreció su preminencia incondicional en la creación sobre cada poder cósmico, como lo declara Colosenses 1:15-20.

Nuevamente debemos recordar que la construcción de la iglesia-estado medieval no hubiera sido posible sin el giro radical efectuado por los padres de la iglesia, desde el dualismo temporal-escatológico del evangelio al dualismo espacial-ontológico de la filosofía griega. Tal como está, el dualismo temporal-escatológico excluye la idea de atribuir cualquier estructura sustancial al reino de Dios en la tierra. Como Gauchet debidamente indicó: “Para los cristianos, la mediación ha ocurrido definitivamente en la persona del Verbo encarnado. Este es un evento que nunca tendrá una verdadera estructura sustancial [...]. Ninguna persona o institución puede o debería ocupar esta intersección de lo divino y lo humano. El Hijo del Hombre ocupó este espacio históricamente y debe permanecer vacío entre los humanos hasta el fin de la historia”.<sup>13</sup>

Como sabemos, la recuperación de la doctrina de la justificación por la fe que hizo Martín Lutero y “el sacerdocio de todos los creyentes” rompió con

12 Jaroslav Pelikan, *The Christian Tradition: The Growth of Medieval Theology (600-1300)*, vol. 3 (Chicago: University of Chicago Press, 1978), 299.

13 Gauchet, *The Disenchantment of the World: A Political History of Religion*, 81.

la jerarquía medieval y colocó un abismo infranqueable entre el Dios Santo y el pecador miserable. La “teoría de la cruz” de Lutero barrió el sistema sacramental completo: la mediación clériga, la jerarquía celestial, el purgatorio, las peregrinaciones y una multitud de otros rituales y devociones. En resumen, Lutero restringió la mediación a Cristo solamente. Esta restricción desplazó a la multitud de ángeles, santos e intermediarios mágicos del universo medieval.

Por consiguiente es importante destacar que: “Ya sin nada que se interponga ‘entre’ un Dios radicalmente trascendente y un mundo radicalmente inmanente excepto”<sup>14</sup> por este único mediador, Cristo; apareció de a poco un universo ordenado mecánicamente y causalmente según los descubrimientos de Copérnico, Kepler, Galileo y Newton.<sup>15</sup> La ruptura del universo jerárquico medieval también desestabilizó la jerarquía política y social que suscribe la Gran Cadena de los Seres ya que se volvieron mucho más difíciles de justificar a la luz de la ética irreprimible del igualitarismo democrático inadvertidamente desatado por la reforma protestante.

Esto sucedió especialmente en Inglaterra y los Países Bajos, donde la victoria del protestantismo liberó la conciencia profana de la mediación clériga. Sin embargo, fue en América donde, liberados de la jerarquía tradicional, el credo protestante que creía en la comunicación con Dios sin mediación inspiró un reavivamiento espiritual –el gran despertar– que fue un factor clave que ayudó a la revolución de las trece colonias y suscribió una democracia igualitaria y liberal. Esta alianza inusual entre “el espíritu de religión y el espíritu de libertad” es lo que maravilló grandemente a Alexis de Tocqueville, un aristócrata francés que escribió el libro más festejado de la democracia norteamericana en la década de 1830.

“La atmósfera religiosa del país –dijo– fue lo primero que me llamó la atención al llegar a los Estados Unidos. Mientras más permanecía en el país, más consciente me volvía de las importantes consecuencias políticas que resultaban de esta noble situación”. Mientras, “en Francia, el espíritu de religión

14 P. L. Berger, *The Sacred Canopy: Elements of a Sociological Theory of Religion* (Doubleday, 1969), 112.

15 Peter Harrison, *The Bible, Protestantism, and the Rise of Natural Science* (Cambridge: Cambridge University Press, 1998); James J. Bono, *The Word of God and the Languages of Man: Interpreting Nature in Early Modern Science and Medicine. Vol. 1, Ficino to Descartes*, vol. 1 (Madison: London: University of Wisconsin Press, 1995).

y de libertad” estaban “casi siempre marchando en direcciones opuestas”, en los Estados Unidos estaban “íntimamente vinculados en un dominio unido sobre la misma tierra”.<sup>16</sup> Lo que hizo que este “vínculo íntimo” y “dominio unido” sean tan nobles fue que la iglesia y el Estado eran instituciones separadas. Sin embargo, contrariamente a lo esperado, la separación en vez de debilitar la religión la hizo poderosa.

Según Tocqueville, esto se debe a que la separación “restringía [a la iglesia] a sus propios recursos, los cuales nadie podría robar”.<sup>17</sup> Debemos resaltar que estos recursos, son espirituales en vez de materiales, religiosos en vez de políticos. “No será por la fuerza ni por ningún poder, sino por mi Espíritu –dice el Señor Todopoderoso” (Zacarías 4:6). Pablo dijo lo mismo: “Pues aunque vivimos en el mundo, no libramos batallas como lo hace el mundo. Las armas con que luchamos no son del mundo, sino que tienen el poder divino para derribar fortalezas” (2 de Corintios 10:3-4).

Dado que la iglesia ha usado “las armas del mundo” y como el evangelio a menudo ha sido, de acuerdo a Tocqueville, “mezclado con las pasiones amargas de este mundo”;<sup>18</sup> el muro que separa la iglesia y el Estado deja de ser una mera metáfora. De hecho, dado el impacto histórico de la Biblia en la sociedad de occidente, cómo separó lo que el paganismo había unido y cómo estas separaciones definen la democracia y la modernidad, el muro emerge de un proyecto divino, el fruto de la semilla del evangelio de la igualdad humana. Como Tocqueville, que describió los avances irresistibles que otorgó la democracia, los que pelearon a favor y en contra fueron “todos conducidos en desorden, y todos trabajando juntos [como] instrumentos ciegos en las manos de Dios”. Y él concluyó: “Dios no necesita hablar Él mismo para que nosotros encontremos señales de Su voluntad; es suficiente observar la [...] continua tendencia de los eventos”.<sup>19</sup>

Es de primordial importancia comprender que la democracia moderna –su liberación del orden social jerárquico, la separación de lo sagrado y lo profano, lo político y lo religioso– resultó no de la razón humana sino de un

---

16 Alexis Tocqueville, *Democracy in America*, trad. George Lawrence, Perennial Classics (Perennial Classics, 1966), 295.

17 *Ibíd.*, 299.

18 *Ibíd.*, 297.

19 *Ibíd.*, 12.

diseño divino. Salvaguarda todo poder, iglesia o Estado, de la tentación del totalitarismo, de la arrogancia, y como advirtió John Adams “de que el estado piense que está sirviendo a Dios cuando está violando Sus leyes”.<sup>20</sup>

---

---

20 Reinhold Niebuhr y Andrew J. Bacevich, *The Irony of American History* (Chicago: University of Chicago Press, 2008), 21.